

EL LLAMAMIENTO DE ABRAHAM

NO. 261

UN SERMÓN

PRONUNCIADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO, 10 DE JULIO DE
1859 POR EL REV. C. H. SPURGEON
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS

«Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba» (Hebreos 11:8)

La fe de ABRAHAM era del orden más eminente, pues es llamado el Padre de los Fieles. Estemos seguros de que nada salvo pruebas repetidas y ardientes pudieron haber forjado su fe hasta alcanzar la gran fortaleza que exhibió al prepararse para degollar a su hijo por mandato de Dios. Esta verdadera espada de Jerusalén fue templada durante mucho tiempo antes de que adquiriera su filo maravilloso y su temple inigualable.

Los hombres no alcanzan su estatura perfecta sino a través de años de crecimiento. Las estrellas no pueden llegar al cénit de los cielos con un solo destello repentino; incluso el propio sol debe escalar hasta su meridiano. Las pruebas son los vientos que enraízan el árbol de nuestra fe. Son los entrenadores que adiestran a los jóvenes soldados de Dios, y enseñan sus manos a la guerra y sus dedos a la batalla. Entre las pruebas de Abraham, la principal fue la de ser llamado a una tierra que nunca había visto. Como esta también puede ser nuestra prueba, ruego que mis palabras se adapten a nuestra condición actual.

I. Primero, consideremos a ABRAHAM.

La familia de Abraham era originalmente idólatra; después, algunos rayos de luz brillaron sobre el hogar y se convirtieron en adoradores del Dios verdadero, pero había mucha ignorancia mezclada con su culto, y al menos ocasionalmente sus viejos hábitos idólatras regresaban. El Señor, que siempre había fijado a Abraham para ser Su siervo escogido y el padre de Su pueblo escogido en la tierra, hizo que Abraham dejara la compañía de sus amigos y parientes, y saliera de Ur de los Caldeos, y viajara a la tierra de Canaán, la cual Él había prometido darle después como herencia.

Primero notaremos lo que Abraham dejó, y luego, a dónde fue Abraham; la prueba se compone de estas dos cosas. ¿Qué tuvo que dejar? Tuvo que dejar atrás a aquellos que le eran sumamente queridos. Es cierto que justo después de su primer llamamiento, su propio padre, Taré, murió,

habiendo recorrido parte del camino con Abraham y deteniéndolo un poco por enfermedad. Abraham entonces siguió su camino, obediente al mandato del Señor.

Sin embargo, dejó atrás todas las asociaciones de su juventud, la casa en la que había sido educado, la familia con la que había sido criado, todos aquellos a quienes había conocido y con quienes había compartido dulces consejos, y debía irse al exilio de la familia de su amor. Dejó atrás su país natal, y para un patriota eso no es una lucha pequeña —dejar todas las asociaciones de su patria y llevar consigo sus canciones nativas para ser cantadas en valles lejanos. Muchos hombres han sentido con suficiente intensidad la separación del hogar y los parientes, y después de eso, el triste destierro de su tierra natal.

Además, todos sabemos con qué inconveniente debe haberse trasladado Abraham. Tenía una considerable propiedad en rebaños y manadas, y probablemente poseía la casa solariega donde residir. Debía dejar todo esto, y también debía dejar los hermosos pastos donde sus rebaños y los rebaños de su padre habían sido alimentados, y debía abrirse camino hacia el desierto. Debía abandonar todas las actividades agrícolas, renunciar a su vid y a su higuera, y seguir su camino, sin saber adónde, a una tierra que para él era tan desconocida como el valle de la sombra de la muerte.

Aquellos de ustedes que han tenido que separarse de sus seres queridos, que han sentido sus corazones desgarrados cuando sus seres amados han sido arrancados, pueden simpatizar un tanto con la prueba de Abraham cuando dejó su hogar, su familia, su país y todo, para ir a una tierra desconocida. Este es el lugar del que partió.

Ahora, volvamos al lugar al que viajó. Cuando los hombres emigran, desean conocer la naturaleza del país en el que van a vivir. Si es un país más rico que el suyo, aunque sea con cierta renuencia, extienden la vela y surcan las aguas, y puede ser que, después de haberse establecido allí un tiempo, su país de origen sea casi olvidado, y encuentren un lugar de residencia fijo en su tierra adoptiva.

Pero Abraham no sabía nada del país al que estaba a punto de mudarse; simplemente tenía la promesa de Dios de que sería su herencia. Era, podría decirse, una empresa descabellada, y los profanos la ridiculizarían como un sueño loco e inútil. Sin duda, el padre prudente le advirtió que evitara un riesgo tan grande, y la madre ansiosa le hizo recordar que, *como el ave que vaga lejos de su nido, así es el hombre que abandona su lugar.*

Pero en medio de todo esto, Abraham fue más sabio que el más sabio, pues dejó de lado todas las máximas mundanas, puso el precepto por encima de la máxima y consideró la promesa más preciosa que el proverbio. ¡Qué bien hizo Abraham en saber que las cosas sabias de los hombres son a menudo ignorancia disfrazada con sus mejores ropas!

Ha dicho un agudo escritor antiguo que cuando Cristo entró en Jerusalén —y Él era la sabiduría encarnada— vino montado en un asno, pero cuando Satanás entró en el paraíso —y él es la locura infernal— vino en forma de criatura sabia, la serpiente sutil. La sabiduría llegó montada en la estupidez, y la locura vino con las vestiduras de la astucia. A menudo lo encontraremos así en nuestras vidas. Las simplezas están muy cerca de las revelaciones. Las cosas sencillas y llanas, y especialmente una obediencia sencilla y llana, están muy cerca de la sabiduría misma del vidente, y el que sabe leer el precepto no debe temer que la profecía lo contradiga jamás, o que la obediencia al precepto sea un acto de insensatez.

Abraham, pues, partió, sin saber adónde iba. «El viaje es largo», dicen algunos temerosos. «Así es», dijo Abraham, «pero Dios me ayudará en el camino». «El fin de tu viaje puede ser lúgubre», dicen. «No», dice Abraham, «no puede ser lúgubre; puede ser decepcionante para mi ambición mundana, pero no para mi fe. Creo que Dios estará conmigo, y que me lleve a donde me lleve, nada bueno me faltará». Así que Abraham siguió su camino por un viaje solitario y cansado, y Dios no lo abandonó, sino que le proveyó misericordiosamente.

Les he hablado de lo que Abraham dejó y adónde fue; ahora quisiera que observaran por un momento cómo fue que Abraham partió. Se dice que cuando fue mandado, obedeció. Antes de que el precepto hubiera salido, la obediencia había salido a su encuentro con regocijo. Apenas había hablado Dios, cuando Abraham respondió. Así como el trueno sigue al relámpago, *al instante*, cuando la tormenta está cerca, así cuando la fe está cerca, el trueno de nuestra obediencia sigue al poderoso destello de la influencia de Dios en nuestros corazones. Si Dios nos manda hacer, debemos hacerlo de inmediato.

Abraham partió sin dudar. No dijo: «Señor, dame un poco de tiempo, iré en una semana. Permíteme primero ir a enterrar a mi padre». No encuentro que dijera: «Señor, permíteme esperar hasta que la cosecha sea segada». No, se le mandó ir, y fue sin dudar. No hubo argumentos carnales entre Dios y Abraham, porque Dios no ha invitado a Su pueblo a razonar con Él con argumentos humanos.

Él ha invitado a los pecadores a hacerlo: « Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta» (Isaías 1:18) , ha dicho. Cuando los hombres no tienen fe, Dios los invita a razonar, pero cuando tienen fe, razonar con Dios se convierte en pecado. Abraham no hizo preguntas, no fue como Moisés, no dijo: «¿Quién soy yo para que me envíes?» (Éxodo 3:11), sino que cuando se le mandó ir, fue y siguió a Dios sin dudar.

Y de nuevo, tenemos toda razón para creer que obedeció sin reticencia. Salió de la casa de su padre con tanta alegría como la que alguna vez había tenido al entrar en ella. No sé si fue despedido con voz de pandero y de arpa, pero estoy seguro de que había voz de música en su corazón. Podría haber

dicho: «Voy con la misma alegría hoy, sin saber adónde, como siempre he ido a la tierra fértil de Egipto o al país de los sabeos, portador de especias».

Los hombres decían que su viaje era absurdo y deplorable, pero para él fue el más feliz y el mejor, porque Dios estaba con él, y si la estrella no lo guio como lo hizo con los sabios a Belén, sin embargo, había una estrella dentro de su propia alma que brillaba como un sol, e iluminaba sus pasos, y animaba su espíritu, y lo enviaba

en su camino gozoso hacia su morada designada. Fue con alegría, sin saber a dónde iba, sin sobresaltarse ni inquietarse como un novillo no acostumbrado al yugo, sino corriendo con pasos voluntariosos en el camino de Dios. Los antiguos representaban a Mercurio con alas en los talones, y seguramente la fe las tiene allí.

«Es el amor lo que hace que nuestros pies dispuestos

Se muevan en veloz obediencia.»

El amor puede ser las alas, pero las alas están sobre los pies de la fe, y esta vuela para hacer la voluntad de Dios mientras atiende a Sus mandatos.

Pero entonces, fíjense que cuando Abraham partió, no hizo estipulaciones con su Señor. Si Dios le hubiera mandado a Abraham ir hasta los confines más remotos de la verde tierra, a «*ríos desconocidos para el canto*», Abraham habría partido. Si Dios le hubiera mandado vadear el Atlántico, Abraham habría obedecido. Sus pies habrían estado dispuestos a intentar un milagro, y las tormentosas olas se habrían secado ante su marcha.

Podemos estar seguros de que cuando Abraham partió, no hizo preguntas sobre cuán lejos o a qué lugar viajaba. Lo dejó todo en manos de Dios. Su fe puso su mano dentro de la mano de su Padre, y él se contentó con ser guiado adondequiera que su Padre lo llevara.

Ahora bien, siempre es una locura de nuestra parte ser guiados por el hombre, pues entonces «si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo» (Mateo 15:14). Pero para el ciego, ser guiado por Dios es una de las cosas mejores y más sabias. A veces ponemos anteojeras a los caballos para que no vean demasiado; me temo que nosotros mismos podríamos usar tales cosas con gran ventaja.

Al observar con los ojos de la razón carnal objeciones al precepto y la providencia de Dios, sería bueno que nuestros ojos fueran quemados, porque es mejor para nosotros entrar en la vida sin ojos que tener dos ojos para seguir nuestros propios designios y encontrar nuestra destrucción final en el fuego del infierno. La fe de Abraham, entonces, fue una fe probada. Y ahora concluyo este esbozo del llamamiento del patriarca, observando que la fe de Abraham fue bien recompensada.

Creo que, con todas las pruebas de Abraham, ustedes y yo incluso podríamos envidiar su posición. Esa tienda suya era una tienda real. Nunca las cortinas del mismo Salomón envolvieron más verdadera realeza, o nobleza real, que esta pobre tienda en la que Abraham moró. ¡Qué hombre tan bendecido fue! Hasta sus sueños fueron bendecidos. «El Señor era su escudo y su galardón sobremanera grande» (Génesis 15:1).

Se le dio una tierra, ¿y era una tierra estéril? No. Los judíos de antaño solían decir que Canaán era el pecho del mundo, porque siempre había abundancia de leche y grosura. Otros países podrían haber sido las extremidades del mundo, pero esta era el propio pecho del mundo, que fluía *leche y miel*. Dios le dio desde el río de Egipto hasta el gran río, el río Éufrates, y él, mirando desde sus alturas estrelladas como un patriarca exaltado, vio una raza tan numerosa como la arena del mar habitando la tierra. Y espera una bendición aún más poderosa. Espera el día en que los hijos de Abraham, en la segunda venida de Cristo, se reúnan en su propia tierra, y todo el pueblo ande en la luz de Sion.

Creo que he dicho suficiente sobre Abraham. Si mi voz hubiera sido lo suficientemente fuerte, podría haber ampliado, pues es un tema sobre el cual mucho podría decirse, extremadamente interesante para la mente espiritual.

II. Pero ahora vengo a observar que USTEDES Y YO PODEMOS SER COLOCADOS EN LA MISMA POSICIÓN.

En su primera conversión, muchos del pueblo de Dios son llamados a pasar por la prueba precisa que Abraham soportó. Algunos de nosotros, es cierto, nacimos de padres piadosos, y nuestra conversión fue motivo de alegría para la casa, se hizo jubileo, se mató el becerro engordado, y hubo música y danzas.

Pero otros nacieron como hijos de los filisteos, nuestros padres eran aborrecedores de Dios. Puede que me esté dirigiendo a tales. Tan pronto como empezaron a asistir a la casa de Dios, su padre fue el primero en reírse de ustedes, y cuando fueron descubiertos de rodillas, madre, hermanos y hermanas, todos los asaltaron con burlas y ridículo. Puede ser que hayan sufrido mucha persecución doméstica por causa de la cruz de Cristo y la profesión que de ella han hecho.

Además, es posible que se les haya llamado a separarse de toda su ascendencia, pues al mirar hacia atrás no pueden detectar en el árbol genealógico una sola rama que haya dado fruto celestial. «Toda cabeza está enferma, y todo corazón desfallecido» (Isaías 1:5). Toda la familia ha sido entregada a Satanás, y solo ustedes han sido llamados a levantar una solitaria protesta por el Evangelio de Cristo, han salido, han arruinado sus propias perspectivas mundanas, han ahogado su propio interés al cruzar el río.

Han sufrido la pérdida de todas las cosas por causa de Cristo, y quizás en ese momento se hayan sentido muy tambaleantes; incluso ahora pueden estar pasando por la prueba de fuego. Pueden estar tambaleándose en su alma y diciendo: «¿Puede esto ser correcto? ¿Debo renunciar a mi religión, debo regresar a puerto, o debo enfrentarme a estas olas que amenazan con sumergir mi embarcación?».

Queridos hermanos y hermanas, si padre y madre los abandonan, entonces el Señor los recogerá. «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí» (Mateo 10:37), dice Cristo. Deben dejarlo todo por causa de Cristo. Estén preparados. Si vienen con ustedes, acepten su complacencia con gusto; si no, entonces vengan solos: «Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa inmundada» (2 Corintios 6:17). Sean un Abraham. Dejen todo, y si hacen esto con fe, de cierto no les faltará su recompensa. Él es capaz, y ha prometido darles en esta vida diez veces más de lo que pierdan por Él, y en el mundo venidero vida eterna.

Tales cristianos, a los que me he referido, que no son llamados en la primera etapa de su vida a soportar esta prueba, con frecuencia tienen que afrontar su contraparte en otra etapa de su camino. De repente, sus mentes son iluminadas con respecto a la pura simplicidad del Evangelio; su familia es profesamente religiosa y han tenido la costumbre de asistir a cierto lugar de culto con sus parientes y amigos, hasta que al fin un cambio se produce en sus puntos de vista religiosos.

Quizás sea un cambio doctrinal; han absorbido la fe ortodoxa de la pura fuente de la revelación misma, sin mezcla de las tradiciones y cualificaciones de los hombres; han desechado todo el glosario heterodoxo del hombre y han decidido no creer nada más que la gracia soberana de Dios. Quizás sus puntos de vista sobre el bautismo hayan cambiado, y al no ver nada en la Escritura que justifique el rociamiento infantil, han salido con la determinación de practicar el bautismo de creyentes. Puede ser que esto implique el desprecio y la burla de todos los que los conocen.

Esto aflige los corazones de quienes conocen y aman a Jesús, y surgen en ellos las preguntas: «¿Qué haré?». Estas cuestiones pueden ser no esenciales, ¿debo guardarlas? ¿Debo, por caridad, debilitar mi testimonio? ¿Debo dar testimonio solo de los puntos en los que puedo estar de acuerdo con otras personas, y guardar silencio sobre el resto?

¡Oh, mis queridos amigos, tal política carnal, si la practican, les causará un grave daño! Todo lo que crean, llévenlo a cabo. Cuenten con que un grano de verdad es un grano de polvo de diamante, y es precioso. Puede haber verdades no esenciales para nuestra salvación, pero no hay verdades no esenciales en cuanto a nuestro consuelo. Toda verdad es esencial. No debemos retener ninguna, sino seguir al Señor por completo; que esta sea su canción:

«Por inundaciones y llamas, si Jesús guía, le seguiré a donde vaya,

‘No me impidáis’, será mi grito, aunque la tierra y el infierno se opongan.»

La tendencia de la época actual es transigir; se nos pide continuamente que maticemos nuestro testimonio, que cortemos alguna porción de la verdad que predicamos, que suavicemos y pulamos nuestras palabras. Dios no lo quiera, no lo haremos. Todo lo que creamos que es verdad, hasta el último ápice y tilde, lo diremos. Espero que, mientras viva, siempre haya un camino recto de mi corazón a mi boca, y que pueda predicar todo lo que crea en mi alma, y no guardar nada en reserva. Hagan ustedes lo mismo. Aunque lo abandonen todo y sean abandonados por todos, por causa de la verdad, con la prueba de Abraham y la fe de Abraham, tendrán el honor de Abraham y la recompensa de Abraham.

¡Con qué frecuencia esta tentación ha ocurrido a los ricos! Cuando aquellos que se han movido en círculos cortesanos de repente se han convertido en sujetos del Espíritu iluminador de la gracia divina, ¡qué oposición han tenido que enfrentar! Muchas han sido las nobles damas y caballeros que han sentado en esta sala, sin embargo, aunque sé que muchos de ellos quedaron impresionados, ¡cuán pocos han permanecido! Aquí y allá uno, brillan como los rebuscos de la vendimia —aquí y allá, uno en las ramas más altas.

¿Y cuál es la razón? ¿Es que sus conciencias son incapaces de convicción? ¿Es simplemente que los afanes de esta vida, o el engaño de las riquezas ahoga la Palabra, y poco a poco se ofenden? No es probable que el culto sencillo de nuestras casas de reunión sin dotación gane la palma del aplauso cortesano; no es probable que el nombre de Disidente sea tenido por respetable; no es probable que el Calvinismo se convierta en la religión de la corte de Inglaterra; no es probable, al menos en la actualidad, que el ministerio de un hombre pobre, sencillo y honesto sea un ministerio que los cortesanos respeten; nunca lo esperamos.

Sin embargo, ha habido algunos, y que Dios los bendiga, que no se han avergonzado de salir y dejar atrás a sus antiguos asociados y tomar parte con el pueblo despreciado de Dios, apenas sabiendo adónde iban. Aunque sabían que éramos pobres, y la mayoría de nosotros sin educación e iletrados, han tomado su porción con nosotros, y no han mostrado señales de volver atrás, sino que incluso se glorían en aquello que algunos consideran su vergüenza. Dios los bendiga, y que sea abundantemente.

De nuevo, esta prueba de fe se presenta a menudo en asuntos de providencia. Hemos estado forrando nuestros nidos muy suavemente, y contando todos los huevos que se ponen en ellos, con la mayor alegría y deleite; hemos tenido muchos bienes guardados por muchos años, y de repente, la Desgracia, como un niño travieso, ha trepado al árbol y derribado los nidos, y los pájaros han tenido que volar, y hemos dicho: «¿Adónde iremos?». Pero Dios nos ha consolado, y hemos dicho en nuestros corazones: «Todo árbol en el bosque de la tierra está condenado al hacha, ¿por qué, entonces, deberíamos construir nuestro nido aquí? Volvamos y encontremos nuestro hogar en la roca de los siglos». Y Dios ha recompensado nuestra fe.

Nuestro negocio, aunque de repente arruinado cuando florecía en un lugar, ha florecido aún más en otro, al ser trasladado en medio de tristes recelos y oscuras incertidumbres; o si no, si las pruebas se han multiplicado y la pobreza ha sucedido a la riqueza, sin embargo, la gracia ha aumentado, y así como nuestras aflicciones abundaron, nuestras consolaciones han abundado mucho más.

Yo creo, queridos amigos, que muchas y muchas veces ustedes, en su providencial camino, tendrán que salir sin saber a dónde van. Pero es bueno para ustedes, no murmuren por ello. Si el padre de los fieles tuvo que hacerlo, ¿por qué habrían de murmurar los hijos? El padre de la familia no debía saber adónde iba, y ¿anhelarán ustedes, los hijos e hijas, leer el futuro con ojos curiosos y anhelantes? No, dondequiera que Dios en Su providencia los guíe, que sea su alegría saber que Él es demasiado sabio para errar, demasiado bueno para ser cruel.

Y amados, esto es lo que siento en este momento con respecto a nuestra posición como congregación. Fui puesto a prueba al considerar la manera en que Dios nos guio, especialmente en referencia a este lugar. Han pasado casi tres años desde que Exeter Hall nos fue cerrado, por razones que nunca he considerado totalmente justificables. Fue entonces cuando salimos sin saber adónde íbamos, y este lugar fue preparado para nosotros.

Es más que probable que después de dos Sábados más tengamos que salir de nuevo sin saber a dónde iremos. Pero mi fe está puesta en Aquel que nos ha provisto hasta ahora. Esta congregación no puede ser dispersada. Dios la ha reunido, y saldremos con la seguridad de que se descubrirá un lugar donde nos reuniremos, y esto obrará para el avance del Evangelio y para la gloria de Dios.

Siento que quizás Dios tiene otra multitud de pecadores que deben ser despertados y convertidos a Cristo. Nos estamos volviendo aquí una especie de gente mayor y estable, y nos hemos establecido en un asunto respetable. Podemos ser echados a las calles, pero si Dios va con nosotros, no nos importa adónde vayamos. Dondequiera que sea, nos mantendremos unidos, no somos hombres cuyo apego se haya formado apresuradamente. Nos amamos los unos a los otros.

Como Abraham, y Lot y su familia, viajaremos juntos, no tenemos motivos para temer. No, les ruego, no muestren la menor angustia al respecto; si Dios lo ha hecho, tiene propósitos sabios, sometámonos en silencio y creamos que debe y estará bien. Abraham salió `«sin saber adónde iba»` (Hebreos 11:8). Lo imitaremos. Mientras la fe de Abraham sea nuestra fe, el Dios de Abraham es nuestro Dios. Él habla y toda duda se silencia: `«No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu recompensa será muy grande»` (Génesis 15:1). Así que podemos decir con audacia: `«Jehová es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre»` (Salmo 118:6).

Y pensé, mientras meditaba en este texto, que el momento debe llegar para cada uno de nosotros, cuando en cierto sentido, debamos salir de este mundo sin saber el lugar al que vamos. Se acerca la

hora en que ustedes y yo yaceremos postrados en nuestros lechos silenciosos de languidez, y el mensaje llegará: `«Levántate y sal de la casa en la que has habitado, de la ciudad en la que has hecho negocios, de tu esposa, de tus hijos, de tu cama y de tu mesa. Levántate y emprende tu último viaje»`.

¿Y qué sé yo del viaje? Poco he leído al respecto, y algo ha sido revelado por el Espíritu a mi alma, ipero cuán poco sabemos de los reinos del futuro! Sabemos que hay un río oscuro y tormentoso llamado `«Muerte»`. Él me manda cruzarlo. ¡Que me dé gracia para atravesar la corriente! ¿Y después de la muerte, qué viene? Ningún viajero ha regresado para contarlo. Algunos dicen que es una tierra de confusión y de sombra de muerte. Bueno, sea lo que sea, saldremos sin saber adónde vamos, pero sabiendo que, puesto que Él está con nosotros, al pasar por el valle sombrío, no necesitamos temer mal alguno.

Debemos ir a la casa de nuestro Padre, esté donde esté. Debemos ir al amable hogar de nuestro Padre celestial, donde está Jesús, a esa ciudad real que tiene fundamentos cuyo arquitecto y constructor es Dios. Esta será nuestra última mudanza, para morar para siempre con Aquel a quien amamos, para morar en el seno de Dios. Haremos nuestro último viaje y no temeremos hacerlo, porque Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro ayudador en la hora de la tribulación y de la muerte.

III. Y ahora, mi voz casi me falla, y por lo tanto, debo llegar de inmediato al último punto, que es el de EXHORTARLES CON LA MAYOR ALEGRÍA A SEGUIR LA GUÍA DE LA PROVIDENCIA Y EL PRECEPTO DIVINOS, LOS CONDUZCA DONDEQUIERA QUE FUERE.

Sigamos al Pastor con mente dispuesta, porque Él tiene todo el derecho de guiarnos adondequiera que le plazca. No somos nuestros, hemos sido comprados por precio. Si fuéramos nuestros, podrían lamentarse de nuestras circunstancias, pero como no lo somos, que este sea nuestro clamor: `«He aquí, aunque él me matare, en él esperaré»` (Job 13:15); no somos fieles a nuestra profesión de ser cristianos si escogemos y elegimos por nosotros mismos. Escoger y elegir son grandes enemigos de la sumisión. De hecho, no son en absoluto coherentes con ella. Si somos realmente cristianos de Cristo, digamos: `«Jehová es; haga lo que bien le parezca»` (1 Samuel 3:18).

Y luego, en segundo lugar, debemos someternos porque, adondequiera que Él nos guíe, si no sabemos adónde vamos, sí sabemos una cosa: sabemos con quién vamos. No conocemos el camino, pero sí conocemos al guía. Podemos sentir que el viaje es largo, pero estamos bastante seguros de que los brazos eternos que nos llevan son lo suficientemente fuertes, por muchas leguas que dure el viaje. No sabemos quiénes serán los habitantes de la tierra a la que podamos llegar, cananeos o no, pero sí

sabemos que el Señor nuestro Dios está con nosotros, y Él ciertamente los entregará en nuestras manos.

Otra razón por la que debemos seguir con sencillez y fe todos los mandamientos de Dios es esta: porque podemos estar bastante seguros de que todos terminarán bien. Puede que no parezcan ir bien mientras se desarrollan, pero al final terminarán bien. A veces se ve en una fábrica cómo las ruedas giran unas en una dirección, otras en otra y algunas de forma transversal, y parecen estar haciendo todo tipo de travesuras, pero de alguna manera el diseñador las hace funcionar todas para un objetivo establecido.

Y sé que venga prosperidad o venga adversidad, venga enfermedad o venga riqueza, venga enemigo, venga amigo, venga popularidad o venga desprecio, Su propósito se cumplirá, y ese propósito será puro bien inmaculado para cada heredero de misericordia comprado con sangre en quien Su corazón está puesto.

Y puedo añadir, para concluir. Que nosotros, como congregación, por encima de todas las demás, pongamos la confianza más implícita en nuestro Dios obrador de maravillas, cuando recordemos lo que Él ya ha hecho por nosotros, cómo ha hecho que la ira del hombre le alabe, cómo el desprecio, la contumelia y el escarnio han ayudado a traer a este lugar a miles de personas dispuestas a escuchar la Palabra. El abuso de nuestros enemigos ha sido nuestra mejor ayuda, nuestra asistencia más grande, y al mirar atrás día tras día, y Sábado tras Sábado, solo puedo levantar mis manos y exclamar: «¡Qué ha hecho Dios!» (Números 23:23).

¿Y dudaremos del futuro? No, marinero, iza la vela, suelta los cabos del timón, levanta el ancla! Una vez más salimos a la mar, con la bandera de la fe en el tope del mástil, con JEHOVÁ al timón; a un puerto seguro será guiada la nave, aunque rujan la tormenta y se agite el infierno de abajo, porque Dios está con nosotros, y el Dios de Abraham es nuestro refugio. Que Dios les dé a cada uno de ustedes la más firme confianza en Su providencia, para que puedan salir sin saber adónde van.

En cuanto a ustedes que no creen en Dios, que sean guiados a creer en el Señor Jesucristo como su Redentor, y después a confiar en su Dios, y a dejar todos sus asuntos en Sus manos.

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit C. H. Spurgeon Collection. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, el uso de puntuación, la capitalización de los pronombres divinos y una actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido está íntegro. Recursos bíblicos adicionales están disponibles en www.spurgeongems.org.